

— No, mil gracias, contestó Mendoza; casualmente pasaba por aquí, vi luz y música y me acerqué á ver lo que era.

— Y ahora pase usted.

— Pero si no vengo en traje apropiado...

— Usted siempre está bien...

— Es una reunión de absoluta confianza...

Fingió don José hacerse violencia accediendo á lo que le pedían con tanta instancia, y entró al salón, en que lucía el candil de rito en lugar preferente. Se sentó en un rincón, y cabalmente platicaba con la dueña de la casa, que encabezaba un grupo de beldades lugareñas, cuando el más sobón y posma de los que se habían empeñado en que entrara, volvió á importunarle.

— ¿Por qué no se quita su capa, señor General?

— Amigo mío, ya le dije á usted que no venía en traje á propósito...

— Pero si estamos en confianza...

— Si no es una reunión de etiqueta...

— Si mi traje casi es un ultraje...

— ¡Ah, qué señor General...!

— Deje usted su capa, señor; al fin aquí está abrigadito...

— Y mi traje...

— Está usted bien como quiera, señor...

— ¿De veras cree usted que esté bien?... Pues entonces...

Y soltando la capa, quedó casi en la traza en que el Adán de Espronceda salió á la calle, pues sólo le llevaba ventaja el viejo rejuvenecido en dos cosas: en el sombrero de copa y en las botas federicas, que le cubrían la mitad de la desnuda pierna.

Las niñas se accidentaron, las señoras se taparon el rostro, los caballeros se indignaron, los músicos dejaron de tocar y el baile se acabó... Sólo don José María, embozándose en la capa, colocándose en forma las vueltas de grana para lucirlas, y dando un *chupete* al puro, le dijo al *acomedido*, que tanto le había rogado se descubriera:

— Se lo dije, amigo, que no estaba en traje apropiado.

Y se retiró á su casa á dormir como un bendito...

Pero no molestaba á Mendoza la reputación de loco, ni el mote que le habían puesto sus paisanos. A una pobre le habían tomado de leva al marido. Rogó y suplicó que se lo volvieran, pero el coronel acabó por decirle:

— Eso no es cosa mía; ocurra usted con el general Mendoza...

— ¿Y él me dará á mi señor?

— ¡Vaya usted á saber! Como puede que sí, puede que no; es un loco, y nada se puede decir de él.

Siguió recogiendo informes, y en todas partes le decían solamente: «Es un loco», «es un loco». La pobre, que sabía bien que la peor *lucha* es la que no se hace,

buscó la oficina de Mendoza á quien se figuraba en una jaula, atraillado y con camisa de fuerza. Se encontró en la puerta á un caballero que la saludó con urbanidad, y que le preguntó por qué no había ocurrido antes en demanda de lo que ahora pedía.

— Pues, señor, porque perdonándome su mercé, me han dicho que el señor que se entiende con estas cosas es un loco.

— Un loco ¿eh?... ¡Bautista! gritó, llamando á alguien que trabajaba dentro; ponga una orden para que quede libre el soldado Fulano de Tal.

La mujer se fué echando gloria, y al preguntar á quien debía el favor, el caballero le contestó:

— Al loco Mendoza, señora; yo soy el loco Mendoza... ¿Le parezco á usted tan enfermo de la cabeza como dicen por ahí?

Próximo á cerrarse el cerco de Puebla, un ayudante del general en jefe fué á darle una orden que exigía pasara Mendoza al Cuartel general. Salían reunidos general y mensajero, cuando un muchacho que fingió no haber visto á los militares, empezó á gritar á voz en cuello:

— ¡Retrato del loco Mendoza!... ¡El loco Mendoza por dos reales!... ¡Compren al loco Mendoza!...

— ¿Cuánto valgo? preguntó con calma don José María.

El pilluelo hizo como que se asustaba, y dijo en tono lacrimoso:

— No, señor, si no es usted... Dos reales vale...

El General sacó un *tostón*, lo puso en manos del muchacho, y volviéndose á su casa, abrió un cuarto en que había guardadas más de trescientas efigies de Mendoza en trapo, barro, chicle, papel y todas las materias imaginables; de busto, de cuerpo entero, en pie, sentadas, haciendo muecas, saludando, mandando soldados, de uniforme, de paisano, en caricatura y en retrato.

— ¿Cuántos compañeros, verdad? ¡Cuántos locos se han reunido aquí!... Parece esto el manicomio.



Los preparativos del sitio fueron abrumadores para Mendoza. Tenía que reunir víveres, dinero, municiones y armas; tenía que disciplinar á las tropas, tenía que instruir las y que darles á conocer los usos de la guerra, á fin de que no pareciera que se ignoraba por aquí la manera fina de matarse. Ciertamente que la cortesía bélica de Mendoza era un poco anticuada, un poco siglo XVIII; pero no por eso era menos digna de tomarse en cuenta.

Figurábase un día la toma de un fuerte, y Mendoza expuso á las tropas reunidas, que para el momento en que los asaltantes se arrojaran al foso, á fin de preparar el escalamiento, eran muy apropiados los antiguos granaderos, que arrojaban granadas de mano sobre los enemigos... Pero como no tenemos aquí, dijo, granadas ni cosa que lo parezca, las supliremos con terrones...

E invitó á los oficiales á que se echaran al foso; mas como nadie saltaba, él brincó violentamente, seguido de varios de los muchachos más fogosos.

— ¡Las granadas! gritó al fin, queriendo llevar las cosas á su término.

Y los que habían quedado arriba descargaron una cantidad tal de terrones, que Mendoza, risueño, gritaba sin cesar:

— ¡Ya, hombre, ya, me matan! ¡Bien está... con eso basta!

Un día quiso hacer un simulacro de intimación á una

fortaleza para que se entregara. Custodiaba á Guadalupe, que era el fuerte que se iba á pedir, el batallón del valiente Padrés. Éste era hombre de mal genio, de pocas palabras y que tenía por farsitas las cosas del cuartelmaestre.

— Para estos casos, predicó Mendoza, se acostumbra escoger soldados listos, que respondan acertadamente y de acuerdo con las instrucciones que hayan recibido.

Sin dar importancia á la lección, Padrés dejó en su lugar al centinela que estaba de facción. Mendoza bajó el cerro de Loreto, llegó á la llanura, remontó Guadalupe, y encarándose con el pobre indio que estaba de punto, con el arma mal empuñada, la cabeza gacha y la mirada perdida en la serranía distante, le gritó en voces que podían oírse desde el cerro de San Juan:

— ¡En nombre del emperador Napoleón III, mi augusto amo, os prevengo rindáis esta fortaleza de Guadalupe! De no hacerlo, seréis todos pasados á cuchillo. Evitad, pues, la innecesaria efusión de sangre.

El centinela oyó aquel altisonante mensaje con el arma mal empuñada, la cabeza gacha y la mirada perdida en la serranía distante. Mendoza montó en cólera.

— Coronel, le dijo á Padrés, ha puesto usted un imbécil para desempeñar ese papel tan importante... Ya lo dije á usted; para estas cosas se necesita un soldado agudo,

un muchacho listo... Va usted arrestado veinticuatro horas... Vamos á repetir...

Irritado Padrés, puso en lugar del memo á uno de esos soldados tunantes que no faltan en ningún cuartel. Volvió Mendoza á bajar el cerro de Loreto, llegó á la llanura, remontó Guadalupe y detuvo, cerca del centinela, el matalote que montaba:

— ¡En nombre de S. M. Napoleón III, emperador de los franceses, os prevengo entreguéis, sin demora, esta fortaleza de Guadalupe! De no hacerlo, seréis responsables de la efusión de sangre que sobrevenga, y vosotros mismos seréis pasados á cuchillo.

El soldado oyó impertérrito la relación, y luego que acabó, levantando el fusil gritó más alto que Mendoza:

— ¡Guadalupe no se rinde! loco hijo de la *tiznada*...

E hizo ademán de disparar.

— ¡Hombre, hombre, no tanta energía! murmuró con calma el General, dando vuelta á su jamelgo.

Mas este hombre excéntrico, raro, cuyos hechos se contaban como materia de chacota en corrillos y mentideros, tenía el corazón más hermoso que era posible imaginar. Días antes de que el cerco quedara perfecto, expidió Ortega un bando disponiendo la requisa de todas las subsistencias que se encontraran en la plaza en poder de particulares. Parecía que no quedaba nada por recoger, cuando tuvo soplo el General de que había un

gran depósito de maíz... en la casa del cuartelmaestre. El grano se mandó decomisar, se sacó de una bodega de la habitación de Mendoza y se pasó á los depósitos constituidos en la plaza. El cuartelmaestre se presentó en el alojamiento de Ortega, y humillado le habló así:

— Señor, le ruego me mande formar consejo de guerra para que se me juzgue y se me fusile... He faltado al decreto de usted y casi no tengo disculpa... sólo una puedo alegar: ese maíz lo destinaba para dar de comer á más de cien pobres que ocurren diariamente á mi casa á recoger su subsistencia... pero hice mal, porque no debía desacatar la orden de usted, bajo ningún pretexto... Mándeme usted fusilar...

Y se echó á llorar en los brazos de Ortega, que se conmovió grandemente al ver aquel rasgo del loco y del extravagante.

Mendoza tuvo un hijo, que murió de oficial de artillería en el ejército del Gobierno, durante el sitio de Orihuela. El padre pareció no haber sufrido conmoción ninguna con la falta del mancebo; pero cuando el viejo murió, olvidado en su misma tierra natal, dejó en su testamento una manda para que se compraran juguetes en memoria del oficialito muerto hacía más de veinte años, y en la fecha que el conde de Tendilla ganó una batalla á los moros en las cercanías de Granada. De esto proviene que los niños pobres de Puebla se vistan ora de

moros, ora de cristianos cada día de San Juan. Esas espaditas de madera, esos cãscos y esos turbantes de cartón ó de trapo, esos petos y esos espaldares de mírame y no me toques, son el mejor recuerdo de aquel hombre bueno, que tuvo su chifladura más patente que lo que la tenemos muchos.

Por lo demás, Mendoza era instruídísimo en historia, en táctica, en castramentación, en balística y en todas las disciplinas bélicas; y podía hablar con singular competencia de muchas cosas que aun ahora ignora la mayoría de los militares que se llaman instruídos.

Tal era Mendoza, el *loco Mendoza*, alma de la defensa de Puebla después de Ortega. De éste ya no se dice nada aquí, porque la materia quedó agotada en otra parte (1).

(1) En el libro *De Santa Anna á la Reforma*.



CAPITULO XI

El donjón

SEDEÑO llegó una mañana demudado y lleno de aficción, perdido el color del rostro, el párpado paralítico más bajo, los pies más claudicantes que nunca, y un aspecto de tristeza, de abatimiento, de dolor, que habrían infundido compasión al alma más pedernalina. Llegó á su vivienda y se dejó caer de golpe en una silla, con la cabeza baja y la sobrepelliz arrugada, pues no había tenido tiempo de quitársela antes de salir de la iglesia. Las muchachas le rodearon más espantadas que solícitas, y guardaron silencio por tácito convenio, hasta que vieron que se llenaban de agua las pupilas del casullero, que el agua se condensaba en los ángulos de los ojos, y que, por fin, dos lágrimas gordas como tejocotes le surcaban las mejillas.

— Pero, ¿qué es eso, papá? dijo Eufrasia.